



**VALONES  
CONTRA  
FLAMENCOS**

**LA GUERRA DE LOS**

Por **EDUARDO G. RICO**

**S**ORPRENDENTE variomundo, debatiéndose entre incesantes seísmos, embrión de una Europa que ya está a la vista, el de la Bélgica de este invierno de 1965. Sus turbulencias, todavía moderadas, buscan un cauce por las calles de Bruselas y de aquellas ciudades en que las contradicciones más se radicalizan. Me he topado con el que en apariencia es hoy el problema principal, en la misma estación de Midí: el bilingüismo campea sobre las paredes del recinto, se asoma a los letreros del andén —«Bruxelles» - «Brussel»— surge de la bancaria ventanilla del cambio, me sale al encuentro en el mozo que ofrece sus servicios, los tropiezo al pretender orientarme a la salida.

Ya en la avenida de Fonsy, ante un «demi» en la barra de cualquiera de los numerosísimos bares de españoles y para españoles, el problema se expresa en la anécdota. El español de Bruselas vive en un mundo aparte, clausurado en el mismo corazón de la ciudad, y cuando se asoma a la auténtica realidad belga acusa un gran desconcierto. Este compatriota, que en la lluviosa mañana atlántica se me ha ofrecido como guía «teórico», me relata, al nostálgico calor del bable asturiano que impera en el local, las pintorescas manifestaciones en que se produce la tensión entre lenguas, razas, religiones, comunidades...

—Cuando el rey Balduino sale del país en viaje oficial, o preside aquí un acto importante, una inauguración, un desfile, figura en su cortejo un doble equipo de televisión. Por un lado le siguen los operadores flamencos y por otro los valones, como si las imágenes se vieran en dos idiomas diferentes...

Cuesta trabajo comprender esta rivalidad —que surge en **SIGUE**



Los encuentros entre valones y flamencos no son raros. A un grupo flamenco se opone otro valón y pronto la batalla callejera sucede a los gritos.

# IDIOMAS





todas las escalas de la vida pública—cuando se la observa desde afuera. Por muy irracionales que parezcan sus efectos hay, sin embargo, en su raíz, profundas y poderosas razones. Y mientras se exprese a un nivel dialéctico cabe llegar a un entendimiento, a un «statu quo» que regule el entrecrochar de las distintas fuerzas. Pero a veces el problema estalla con estruendo en la calle, e ingresa en el reino de la violencia. Yo he sido testigo.

### **una tarde de noviembre**

Cuatro mil valones avanzaron sobre la capital, para dirimir un viejo litigio de la Lieja minera, por la vía de la protesta pública y masiva. Provenían de Saint Gilles, de Ixeles, de Forest, de Saint Josse, de St. Lambert. Y de más lejos: de Charleroi, de Namur, de Mons, de la propia Lieja. Eran los francófonos, formados en ordenado ejército. Entraron en la zona urbana, estrechamente vigilados por la policía y desfilaron por las calles céntricas gritando sus «slogans». Fue en un anochecer de noviembre, bajo una temperatura gélida.

Parecía que todo iba a concluir pacíficamente, a pesar del gesto amenazador y hosco de los manifestantes. Ya había caído la noche y el termómetro seguía descendiendo. De pronto se oyó a lo lejos un extraordinario griterío. Los flamencos de Bruselas venían al encuentro y no, precisamente, esgrimiendo sonrisas ni tendiendo la mano.

Se produjo el choque y como por ensalmo empezaron a salir de Dios sabe dónde cadenas de bicicleta y otras armas de calibre semejante. El «ejército» flamenco estaba constituido por efectivos análogos. El enfrentamiento fue brutal.

Y al cabo de unos minutos, un tercero en discordia: la policía. Quinientos gendarmes y otros quinientos agentes de paisano dispuestos a que la sangre no llegase al río. Pero nadie pudo evitar que el conflicto continuara durante cerca de una hora. Ambos bandos se lanzaban recíprocamente huevos y colillas de cigarros. Hubo una larga relación de heridos. Al final, los bomberos resolvieron el conflicto estableciendo barreras infranqueables con sus vehículos. Por último, se hizo balance: tres heridos graves, varios periodistas y fotógrafos heridos. La batalla contó como fondo con un concierto de «claxons». No hubo vencedor.

### **una guerra sorda**

Pero este que hemos relatado fue un episodio, aunque grave, anecdótico. La tensión entre **SIGUE**

## LA GUERRA DE LOS IDIOMAS



Los valones se inquietan: la demografía está en contra suya. Los índices son elocuentes: por cada tres valones hay un bilingüe (bruseliano) y seis flamencos. Pero el problema va más allá de los idiomas; afecta a la ideología, la religión y el desarrollo industrial. Habrán de cambiar muchísimas cosas todavía.



## FOLKLORE *Cepelia* POLONAIS



La llegada de la policía no basta en ocasiones para poner fin a las querellas callejeras. Los agentes tardan horas en sofocar un encuentro cuando son miles los manifestantes.

ambos grupos raciales se mantiene extraordinariamente viva en aquellas zonas en que unos y otros se enfrentan con fuerzas iguales. Se trata de una guerra subterránea, que aflora en aquellos momentos en que el equilibrio se rompe por un motivo importante o por cualquier nadería. Desde la turbulenta tarde de noviembre en Bruselas, los conflictos de carácter violento han menudeado en las ciudades y villas que podríamos considerar como «fronterizas», y se espera que se multipliquen en un futuro inmediato. Lo que, bajo una mirada superficial, puede parecer banal, responde a un fenómeno de gran hondura. El estado belga se halla dividido por disparidades de fondo, insolubles a un nivel puramente político, formal. Las diferencias son esenciales. ¿Por qué? Hemos buscado respuesta a esta cuestión sobre el propio terreno, en Brujas, «la muerta», increíble ciudad bajo la niebla atlántica, llena de reminiscencias españolas; en Gante, la «cuna de Carlos V» para las historias de bachillerato; en Ostende... Y

también en Lieja y en Namur; en la Valonia, un poco desdeñada por los franceses, pero acérrima defensora de la cultura gala. Esta guerra soterrada, desenvuelta bajo la serena superficie de la Comunidad Europea, tiene para nosotros la explicación que sigue.

### las primeras razones

Se nos disculpará que vayamos más allá de la literatura, que nos instalemos en una perspectiva que desborda el planteamiento idiomático del conflicto valón-flamenco. Hay que penetrar profundamente en la realidad belga si se aspira a dar la cifra justa de esta tensión, insoluble, en nuestra opinión, en un porvenir próximo.

Bélgica no salió de la guerra mundial tan mal librada como otras naciones, por más que, tanto la institución monárquica como el pueblo sufriera las divisiones que una contienda de carácter fundamentalmente ideológico, introdujo en el seno de todas

las comunidades europeas. (Las diferencias registradas en el interior de la dinastía reinante no fueron más que el reflejo de las producidas en las capas sociales dominantes). A lo largo de los diez primeros años de la postguerra el país conoce una época de prosperidad a todos los niveles. El aparato industrial belga salió de la guerra prácticamente indemne, con las ventajas que ello suponía con respecto al mercado mundial. No hay que decir que el sistema colonial, como fuente inapreciable de materias primas, constituyó la base de dicha prosperidad, alimentándola generosamente. El «milagro» belga, del que apenas se ha hablado, rebasó en calidad al «milagro» alemán, con la diferencia de que su proceso fue autóctono, con limitada intervención del capital norteamericano. Los salarios alcanzaron una altura no conocida ni en Francia ni en Alemania. En realidad, fueron durante un tiempo los más elevados de Europa Occidental.

Esta época dorada finaliza en 1955. Nadie se ha preocupado en Bélgica

de renovar la estructura industrial —dentro del cuadro del sistema imperante—. En el mercado mundial, la economía belga va perdiendo posiciones. Cuando llega la crisis del 58, en Bélgica se produce con extraordinaria gravedad. Los «holdings» son conservadores, no han querido renovarse. La industria carbonera —base de la región valona— se introduce en un «impasse». El gran capital alemán, el gran capital francés, han tomado la delantera. Luego vendrá el proceso de la descolonización, un poco por sorpresa para los confiados dirigentes de la economía belga.

Los movimientos sindicales, muy poderosos en Valonia, presionan con fuerza. Existe un sindicalismo profesional, que intenta integrar a las clases trabajadoras en el sistema. Hay también un sindicalismo político, que lucha en favor de las reformas de estructura. Pero fundamentalmente el sindicalismo belga es «político», en el sentido común de la palabra; es decir, electoral por encima de todo, por más que su base presiona en pro-

fundidad. El Partido Socialista Belga no abriga proyectos en esta dirección. El socialismo desmedulado de monsieur Spaak combate en el Parlamento sin demasiado éxito. Se producen luchas laborales, pero hay grupos que vacilan. El gobierno de coalición se introduce abiertamente en una fase neocapitalista. Los valones asumen una actitud de franca rebeldía; los flamencos progresan en el proceso que podríamos denominar «la conquista del estado». Vamos a ver las razones.

## La demografía, en contra

Los valones se inquietan: la demografía se encuentra en contra suya. Los índices son elocuentes. En 1919 la población del país se dividía con arreglo a la siguiente proporción: por cada cuatro valones había un bruseliano —bilingüe— y cinco flamencos. En 1958 pasaba a ser de 3-1-5,5, respectivamente. Ahora se espera que en 1980 el índice arroje una proporción de 3-1-6. ¿Pura cuestión racial, entonces?

No. El problema es otro.

Valonia es una región industrial. Flandes es una región agrícola. Valonia vota en favor de la izquierda. Flandes de la derecha. Valonia envía al Parlamento una minoría socialista. Flandes, una mayoría católica.

Desde los años cincuenta, al no producirse la necesaria reconversión industrial, la potencialidad económica de Valonia decrece.

Desde la misma fecha, la situación económica de Flandes progresa a ritmo elevado. (La mano de obra es más barata y los capitalistas prefieren invertir en esta región).

A la luz de estos datos es fácil deducir que los valones no tengan ninguna confianza en la posibilidad de modificar las estructuras nacionales, y que en consecuencia defiendan un federalismo. El llamado «Movimiento Popular Valón», de tendencia socialista revolucionaria, propugna desde hace varios años esta solución.

Tal es el problema de fondo. A la hora de expresarse, el movimiento valón cobra formas específicas, cuyos perfiles dibuja la inquietud, de carácter intelectual, de otras capas más elevadas de la población, decididamente francófonas y adscritas a la cultura francesa. Ello convierte a una aspiración económico-social en una empresa que asume un carácter nacionalista y cultural. Por su lado, el pueblo flamenco ve en el movimiento valón una amenaza a sus formas culturales. Las contradicciones se interfieren y confunden.

¿Cabe todavía un diálogo? El conflicto esencial es muy vivo y atañe, a pesar de todos sus disfraces, a las mismas estructuras del estado belga

y del sistema socio-económico del país. Se podría establecer, objetivamente, la necesidad de un federalismo. Pero los valones están muy divididos. ¿Bastaría esta solución? Flandes, entretanto, acrecienta su fuerza a todos los niveles. El Parlamento no se pronunciará nunca en favor de una transformación en este sentido.

El conflicto ha salido a la calle y cobra aspectos cada vez más inquietantes. Y tiene poco que ver, creo haberlo mostrado, con lo que nos cuentan las agencias de noticias.

## las dos españas

Nada tiene el fenómeno flamenco-valón que pueda ser vinculado a la influencia histórica que España ha

ejercido en aquellas tierras en dos momentos diferentes. Pero es curioso comprobar cómo las dos regiones que ahora se disputan la primacía dentro del estado cuentan con un peso netamente español que contribuye a definir las. He visitado Flandes: Brujas, la «ciudad muerta», Gante, Ostende... ¿Cómo desprender estos nombres de nuestra historia? Aquí está, en Brujas, la estatua de Luis Vives, presidiendo los canales turísticos, alzada en una ciudad que, en aquella época, presenció sangrientas luchas de fe. Aquí está Bruselas, bonita, modesta y como provinciana, llena de españoles de 1965, obreros del carbón, de la construcción, de la industria ligera, muchachas de servicio... ¿Cómo desconocer esta relación?

## LA GUERRA DE LOS IDIOMAS

Españoles que se divierten y sufren, que luchan por su vida en medio de los cien conflictos que se entrecruzan sin que ellos los comprendan bien, en el seno de una sociedad de 1.365 dólares por habitante, en la capital de la Comunidad Europea, en el corazón de toda las contradicciones que desgarran nuestro viejo mundo, cuyo proceso histórico arranca precisamente de aquellos otros españoles que abrieron el camino al oro americano, dando lugar a una era social y económica nueva. La misma que hoy sostienen brazos también españoles.

(Reportaje NEWS - SERVICE ZARDOYA y PUBLI - PRESS)

El conflicto ha salido a la calle y cobra, cada vez más, aspectos inquietantes, que atañen al propio Estado y el sistema económico

